

la mayor parte en el buen ó mal éxito de un discurso cabe segun afirman los mejores criticos á la eleccion del plan y distribucion de la materia; el que ha escogido Massillon, y el modo particular con que lo distribuye, nada deja que apetecer, ni para el convencimiento ni para la persuacion. La primera parte contiene una verdad que por si sola hace estremecer: *la penitencia en el lecho de la muerte es casi siempre imposible;* pero cuando el Orador reserva para la segunda probar que, *seria del todo inútil, aun cuando fuese posible,* obstruye todas las sendas y aniquila todos los recursos. *No podremos hacer penitencia en la hora de la muerte: ¡Espantosa amenaza! Nada conseguiriamos aun cuando lo pudiésemos: ¡Golpe terrible, decisivo, mortal! ¡Verdad que despedaza el corazon!*

PRIMERA PARTE.

EL progreso del raciocinio en la primera parte no es menos expedito, por que las causas de donde pretende el Orador deducir sus pruebas, llegan hasta la demostracion, derramando así la evidencia sobre la primera verdad, cuyo objeto es lo imposible de la penitencia en la hora de la muerte. „No estaréis entonces, dice, en estado de buscar á Jesu-Cristo, por que os faltará tiempo, ó en caso de que se os conceda, no os lo permitirá la opresion de vuestros males; ó finalmente, por que aunque vuestros males os lo permitan, vuestras antiguas pasiones opondrán á ello unos obstáculos que entonces no podréis vencer.” Es imposible llevar mas adelante la lógica, y preparar mejor la inteligencia del auditorio á las fuertes impresiones de las grandes verdades. El Orador se abre por si mismo una marcha segura no meños

al convencimiento que a la persuacion. ¡Con que agradable novedad sorprende á sus oyentes con la rápida y enérgica narracion de esos acontecimientos diarios y terribles, que arrebatan á cada paso de la escena del mundo á los que habian hallado en él sus placeres! ¡Que no perdonan ni á la vida inocente del niño, ni al tierno y cariñoso interes del jóven lozano, ni á las canas respetables del viejo! ¡Con que fuerza y oportunidad recuerda a los que le escuchan la poca razon que tienen para fiarse en el tiempo! „De quien dependen, exclama, los dias y los años? ¡Quien hace que el Sol salga y se oculte sobre vuestras cabezas? ¡Podeis acaso vosotros mandar á este Astro, como aquel Capitan del Pueblo de Dios, que se detenga y que alargue el día de vuestra vida, para daros tiempo de acabar la victoria y de domar vuestras pasiones? ¡Los títulos, el puesto, el poder, ni aun los mismos cetros os dan derecho sobre uno solo de vuestros instantes? ¡Los que mandan en la tierra pueden asegurar para si mismos el instante siguiente? No es esto en lo que Dios quiere darnos á conocer que es nuestro dueño, que tiene nuestra suerte en sus manos, y que no tenemos excusa para adherirnos con tanto apego á un mundo, al que nunca podemos estar unidos, mas que el instante presente que ya no existe?”

„O Dios mi! Vos que sois el que únicamente pone limites á la vida de cada uno de nosotros, vos que desde el principio habeis contado mis dias como mis cabellos, que presidisteis al instante de mi nacimiento y desde entonces señalasteis en mi frente el de mi muerte: vos solo, Señor, que habeis escrito en el libro eterno los dias de mi destierro y de mi peregrinacion; vos solo estais viendo si yo me hallo aún lejos de mi carrera, ó si toco ya aquel término fatal, despues del cual no se halla mas que la muerte y el juicio.”

Casi no hay escritor ninguno de cuantos han hablado sobre esto, que no deplora la rápida sucesion del tiempo. Horacio ha consagrado lo mismo que otros poetas, á tan triste materia algunas de sus mas bellas odas; y el *fugaces labuntur anni*, con que abre su poética locucion á Póstumo, se repite aun con placer al cabo de tantos siglos por los que estan medianamente versados en la literatura latina; pero el genio que jamas resiente la esterilidad aglomera, cuando tiene que expresar pensamientos comunes, nil circunstancias felices que los disponen para producir los encantos de la novedad. Massillon deplora la rapidez de los siglos; pero sujeta del todo al Rey de la Eternidad, á quien apostrofa luego con una interrogacion sublime.

El entendimiento necesita muchas veces para recibir en toda su fuerza la impresion de la verdad, que esta le sea presentada por la imaginacion. He aqui lo que particularmente se nota en este trozo donde se manifiesta la temeridad del hombre en fiarse del tiempo con tan absoluta seguridad. Ninguno podia quedar tranquilo en el auditorio despues de un reproche tan tremendo y de esa reunion de casos frecuentes en que los hombres tal vez cuando se hallan mas sumergidos en los placeres, se sorprenden repentinamente en la eternidad. Sin embargo, ¿que excusas no se levantan en el alma que está devorada por el fuego de los vicios? Apenas la conmueve una verdad terrible justificada por la experiencia, cuando se tranquiliza con sofismas peligrosos. Nadie conocia mejor esta situacion que Massillon; y por eso le vemos siempre muy alerta contra las diferentes excusas que no cesa de oponer á la virtud una voluntad depravada. Parece que adivinaba el pensamiento de su auditorio cuando previniendo una especie de objecion le habla de esta manera. *Tal vez os asegurais con que estos ejemplos de muertes imprevistas son raros y que no pasan de ciertos golpes ex-*

traordinarios y únicos, que no caen sino sobre un pequeño número de infelices.

A la sorpresa que excita una objecion tan bien presentada sucede una fuerte conmocion cuando el Orador va desenvolviendo por grados un pensamiento que la reduce á polvo. Manifiesta que son tan comunes estos sucesos en el tiempo en que habla, como raros y extraordinarios habian sido en los siglos precedentes, y concluye diciendo, que aun cuando asi no fuese, aun cuando uno solo debiera ser el sorprendido, seria la mayor imprudencia no temer. Esta manera particular de desenvolver las ideas es un indicio seguro de la victoria para la razon: porque unas verdades van así preparando las otras, y todas ellas se ligan y sostienen de tal suerte, que cuando llegamos al último eslabon de esta cadena, nos es imposible resistir al poder del racionio. Por esto el Orador despues de atacar á sus oyentes con estas reflexiones tan insinuantes, concluye su prolépsis anunciando sin vacilar, que la mayor parte de los que espiran son sorprendidos, para deducir al cabo de una serie gradual de conceptos urgentísimos, que *todas las muertes son repentinas; que casi ningun pecador muere creyendo que va á morir; y que no aparece delante de Dios sin haberse preparado para esa terrible cuenta.* Satisfecho entonces de haber borrado del entendimiento hasta la última huella de una excusa tan peligrosa; no teme ya exclamar con un tono verdaderamente amenazador. *Aseguraos despues de esto con el pequeño número.* Muchos Oradores emplean á cada paso estas y otras amenazas semejantes; pero desprovistas de toda preparacion quedan por lo regular en la clase de comunes declamaciones. Para hablar con un tono de seguridad como este, es necesario haber adquirido antes varios triunfos graduales, y contar con aquella autoridad que se grangea el Orador con el profundo conocimiento del hombre manifestado á cada paso en los racionios mas urgentes. Esta

táctica es tan familiar á Massillon, que muy pocas veces deja de persuadir al instante lo que se propone. Acabamos de verlo en este pasage, donde se nos manifiesta que casi todas las muertes son repentinas, verdad que vemos como una paradoja cuando nimiamente apegados al sentido material de la palabra, continuabamos viendo la cuestion en el orden físico; pero que llega á los ápices de la evidencia, cuando atentos al designio del Orador la colocamos inmediatamente en el orden moral. No todo lo que es violento es repentino, lo primero se refiere al tiempo, lo segundo á la expectativa ó al descuido. Quien se sorprende con lo que no esperaba tan pronto ve como repentino un suceso que sin embargo pudo haberse preparado con lentitud. ¿Que importa pues que la muerte nos arrebatase despues de haberse anunciado por una larga y penosa enfermedad, ó á tiempo que que un rayo se desprende de las nubes? Nada, para el que está continuamente preparado; nada tampoco, para el que opone una resistencia constante y obstinada á la idea de su destruccion. Basta no esperar la muerte para que sea repentina; y como muy raras veces la espera el pecador, puede asegurarse que no tendrá este tiempo para convertirse á Dios si reserva tan grave empresa para el último de sus dias.

„Pero demos, continua el Orador, que se os conceda el tiempo y que los Ministros del Señor tengan lugar para ir á deciros, como otro tiempo un profeta al Rey de Judá: *dispon las cosas de tu casa porque vas á morir.*”

Antes de pasar adelante, nótese la oportuna y feliz aplicacion de este lugar de la Escritura. No quiero hablar aquí de ese discernimiento comun con que debe usar de ella el Orador cristiano, porque semejante observacion pareceria en cierto modo ridícula. Cuando nos proponemos alabar á un grande hombre, no es cordura emplear en hacer visibles aquellos rasgos que solo cuentan con

una perfeccion comun, un tiempo que suele escarsearse demasiado, aun tratándose de pinceladas llenas de elevacion y de ingenio. Lo que hay aqui de notable es que Massillon en la simple coyuntura de que se aprovecha para aplicar el texto sagrado, encuentra un medio de manifestar el poder de su talento y de adquirir un verdadero triunfo sobre su auditorio; porque en la misma *concesion* que le hace, descubre sin decir una palabra, que concede lo que es moralmente imposible. Mas para dar claridad á esta idea, permítaseme hacer algunas reflexiones analíticas sobre el pasage de Isaías.

Quando Ezechias oyó el anuncio del Profeta, volviendo su rostro á la pared, oró á Dios en estos términos: *Acuérdate, te ruego y te suplico, ó Señor, de cómo he caminado en tu presencia con sinceridad y corazon perfecto, y que he hecho lo que era agradable á tus ojos.* Esta plegaria llena de resignacion y de piedad anuncia por si sola, que disposiciones tan santas para la muerte son por lo regular una recompensa de la virtud y no el último asilo del vicio; y que á ellas debió el Monarca el favor inestimable de saber por Isaías la proximidad de su fin, y de que Dios le concediese aun algunos años mas, que vivir sobre la tierra.

El cántico de Ezechias, que se lee desde el verso 12 hasta el 20 está lleno de ideas terribles para los que hallan en el mundo sus placeres, y en la vida el centro de su felicidad. Aqui se ve que no pasaba un solo dia sin que el pensamiento de la muerte se levantara en el espíritu de tan piadoso Rey: aqui se ve que la vida no es por lo comun sino un término de prueba y de tribulacion, y un presente muy triste para el que se alarma de continuo con los riesgos innumerables que la rodean. Un Rey que constantemente habia vivido con temor y con temblor alza su voz moribunda para implorar las misericordias del altísimo á tiempo que se le anuncia la formidable cuenta. ¿Que

espera pues la criatura abandonada sin tregua á los placeres de los sentidos y envuelta sin cesar en las borrascas de las pasiones? ¿Podrá lisongearse de una revelacion feliz que le anuncie su inmediatecion á la eternidad? ¿Tendrán sus últimos dolores bastante elocuencia para persuadirle una verdad tan espantosa? ¡Ah! La esperanza se mide por los deseos; y ninguno mas ardiente agita al pecador, que el de retirar los límites de su existencia para extender el teatro de sus delitos, ensanchar la esfera de sus gozes y prolongar indefinidamente la funesta embriaguez de su corazon. Conceder pues al auditorio que haya de tener tiempo de que los ministros del Señor vengan á decir á cada uno en el extremo de su vida, como el Profeta al Rey de Judá: *dispon tu casa por que vas á morir*; es concederle una gracia rarísima, que solo debe mirarse como la recompensa inmediata de las almas justas; es concederle un imposible; es en fin tocarle una circunstancia de la vida humana que nos hace estremar, una circunstancia donde la virtud mira su garantia y donde el vicio reconoce aunque muy tarde el primer efecto de una sancion que habia despreciado.

Me he detenido sin duda mas de lo necesario en este rasgo que á primera vista nada tiene de notable; pero como estoy entendido en que uno de los secretos mas preciosos de la Arte oratoria consiste en aprovechar ciertas oportunidades en que un texto de la Santa Escritura suele causar un golpe decisivo en el alma, ya se trate de producir el convencimiento, ya de mover eficazmente la voluntad, con tal que el talento del Orador haya sabido prepararlo con destreza; he querido servirme de la presente coyuntura en que Massillon obtiene infaliblemente una victoria al tiempo mismo que parece conceder un triunfo; puesto que ningun pasage es mas á propósito para confirmar estas ideas. ¿Que diremos pues cuando á esta concesion sigue todavía la pintura de una situacion fu-

nesta en que el tiempo mismo no es garantia ninguna para creer que á la hora final habrá tiempo de convertirse á Dios? „Que puede hacer entonces una alma pecadora, consumida de dolores, „desfallecida con el peso y con la multitud de sus „males y que apenas tiene la vida suficiente para „animar su cadáver? ¿Os parece que con un entendimiento que ya se ofusca, con una lengua que „se traba y entorpece, con una memoria que se „funde, con un corazon que se deshace; os parece que en este estado puede un pecador registrar „los abismos de su conciencia? ¿Quereis que pueda conocer con claridad sus escándalos, sus venganzas, sus restituciones, aquel abismo de impurezas en que siempre ha vivido, aquellos estorbos acerca de los cuales nunca se ha explicado bien; y en una palabra, que entre en unos „cuidados y unas menudencias para las que apenas „bastarian el espiritu mas sereno y la mas entera „razon? ¿Quereis que esta alma ya inmóvil y atada con las cadenas de la muerte conozca el horror de sus pasadas iniquidades? ¿que piense seriamente en implorar las misericordias de Dios, „cuando las ideas de aquella última hora no parecen mas que sueños, y los pensamientos son „como los de un hombre dormido?

Para hacer sentir la extrema dificultad de una empresa no hay medio mas á propósito que presentarla bajo un punto de vista bastante claro, para que se pondere su naturaleza, se calcule su extencion y se conozcan plenamente los innumerables recursos de que se necesita para llevarla al cabo; pero pasar de aqui á enumerar unas circunstancias cada una de las cuales basta por sí sola para convencerse de que los inconvenientes son gravísimos y los obstáculos insuperables, es demostrar con admirable fuerza que tal empresa viene á ser imposible. He aqui lo que consiguió el Orador poniendo en contraste el empeño de ilustrar la conciencia para volverse á Dios con la imagen

del alma cuando está combatida con las enfermedades del cuerpo. Una razon que se ofusca, una lengua que se ata, una memoria que se confunde, un corazon que se extingue, un resto de vida que apenas basta para animar un cadáver, una alma inmóvil y atada con las cadenas de la muerte, ideas que no se distinguen de un sueño, pensamientos que confunden con los delirios fantásticos y caprichosos del hombre que duerme. ¿Que situacion tan funesta! ¿Que pintura tan horrible! ¿Que cuadro tan desesperador! ¿Y que pretende el hombre en un postramiento tan grave, en un abandono tan absoluto de sus fuerzas? *Registrar los abismos de su conciencia, conocer con claridad sus escándalos y sus venganzas, sondear el golfo profundo de su impureza, penetrarse del horror de su iniquidad y entrar en unos pormenores para los que bastarian apenas el espíritu mas sereno y la mas entera razon.*

„¡Gran Dios! Vos que desde lo alto de „vuestra justicia estais mas atento que nunca á los „secretos movimientos de aquella alma desgraciada, „¿que es lo que pasa en aquellos últimos instan- „tes entre ella y vos? ¿Que descubris en ella que „pueda reparar una vida entera de culpas y apla- „car vuestra indignacion? ¿Se vuelve entonces á su „criador? ¿Adora en secreto al Autor de sus be- „neficios y al vengador de sus ingratitudes? ¿Se „humilla bajo la mano que está levantada para he- „rirla? ¿Se mira como una víctima destinada á los „tormentos eternos, si la juzgais segun el rigor „de vuestra justicia? ¿Os dirige desde el abismo „de su dolor los clamores de un sincero arrepen- „timiento? ¿Forma siquiera un deseo que merezca „vuestra atencion? ¿En vez de aplacaros, se ha- „lla ni aun en estado de conoceros? ¿Y que otra „cosa veis, ó gran Dios, en las funestas inquie- „tudes que manifiesta, sino los últimos esfuerzos „de una alma que se defiende contra la muerte y „de una máquina que se deshace? „*Que efecto tan prodigioso no debe produ-*

cir este apóstrofe á Dios, cuando ha llegado á un punto tan elevado el movimiento que precede! Se diria que fatigado el Orador de haber estrechado tan fuertemente á su auditorio, y no encontrando en él bastante capacidad para desahogar los sentimientos que le agitan, se vuelve á Dios para pedirle una revelacion misteriosa. ¡Con quanto gusto ha elegido los atributos divinos que corresponden á la escena! Presenta á Dios, *desde lo alto de su justicia*; le ofrece á nuestra vista, *mas atento que nunca* á los movimientos del hombre. Todo es aqui solemne; todo inspira un horror santo; esta *atencion singular* de parte de Dios, estos movimientos *secretos*, esta alma *desgraciada*, tienen un no sé qué de augusto y al mismo tiempo de espantoso que nos hace estremecer. Pero, ¡ay! este mudo dialogismo, estas preguntas reiteradas y urgentes sucedidas de un silencio profundo, hacen erizar el cabello. ¿Que dirémos de la interrogacion que viene á cerrar tan terrible pasage? La conciencia tiembla á cada nueva pregunta; teme que el Orador la satisfaga, y ella misma vacila, sucumbe, pero no se atreve á responder. Cada nueva circunstancia la altera, cada nuevo recuerdo la atormenta, el silencio misterioso del Orador la confunde. En esta situacion tan angustiada para el auditorio, el Orador reúne sus fuerzas, se reviste de toda su dignidad, y cual si ya estuviese inspirado por Dios, á quien se ha dirigido, responde á su nombre exclamando soberanamente. *¿Y que otra cosa veis, ó gran Dios, en las funestas inquietudes que manifiesta, sino los últimos esfuerzos de una alma que se defiende contra la muerte y de una máquina que se deshace!* He aqui el verdadero sublime.

Llegando aqui, nos parece que el Orador no puede decir una palabra mas sobre este punto; creemos que despues de haberse convertido á Dios, no buscará nuevos testimonios de esta verdad entre los hombres que le escuchan. Sin embargo,

un pensamiento nuevo le asalta: se acuerda repentinamente que muchos de los que viven han sufrido la espantosa crisis que acaba de describir, se han visto á las orillas del sepulcro y han experimentado los tormentos de la agonía. Diríjese pues á ellos, estrechándolos urgentísimamente á la revelacion de lo que pasaba en sus almas, durante aquellos momentos en que la conversion es tan difícil y las demostraciones de piedad son tan sospechosas.

Pasa de aquí á reprochar la funesta costumbre que tienen muchos de consagrar al arreglo de la succion un tiempo estrechísimo que debiera emplearse todo en prepararse para la eternidad.

Nos mortifica mucho encontrar en este rasgo y el que precede cierta trivialidad en los conceptos y muy principalmente en el modo de presentarlos, la cual debilita sobre manera la impresion que nos habia dejado el último movimiento. Tal vez el lugar en que colocó los dos pasages de que hablamos no es lo que menos contribuye á la especie de languidez que reyna en todos ellos. Cuando se acaba de producir aquel trasporte que caracteriza lo sublime, es muy peligroso insistir en las mismas ideas. Cuando un orador despues de haber recorrido la tierra, se eleva hasta los cielos, y parece entrar á la parte con Dios en el secreto de sus planes; casi es infalible que una vuelta hácia la tierra, sin variar de designio, arrastra necesariamente á la elocuencia á una condicion muy humilde. He aquí lo que sucedió al Orador, por haber vuelto á buscar testimonio entre sus oyentes acerca de una verdad en que ya Dios se lo habia dado de la manera mas sublime.

La pintura del enfermo arreglando la succion, y de los hijos y parientes en atalaya de su fortuna, y cercando la cama del moribundo, no pasa de una narracion muy comun. Pero el genio tiene recursos inagotables para borrar estas impresiones poco gratas y casi nunca deja de recompensar al buen gusto.

Massillon concluye pues, esta prueba con un cuadro en que la escena que representan el sacerdote y el enfermo arrebatara el interes de todo los espectadores. El Orador aquí se mezcla muy delicadamente con solo no hablar del Ministro en singular, sino comprendiéndolos á todos é incluyéndose á simismo. „Le decimos que se arrepienta; ¿pero quien sabe si lo oye? Le pedimos alguna señal de dolor; levanta sus ojos moribundos; se esfuerza en vano para mover una lengua ya inmóvil; dice que sí con la cabeza; nos parece que le hemos entendido; ¿pero quien sabe si se entienda el mismo? &c.” Esta mezcla de la caridad cristiana con la crítica moral, en la situacion que acaba de presentarse, inspira un interes muy vivo. Pintanse aquí con la mayor energia los esfuerzos de un Ministro zeloso por salvar al alma de una ruina tremenda; pero al mismo tiempo se percibe la amargura de su espíritu, la inquietud de su imaginacion, el martirio de la incertidumbre y los tormentos de la duda. El interes se aumenta con la parte que toma el Orador en la escena, pues al verle dudar él mismo de unas manifestaciones que mil veces ha presenciado, tomamos parte con él en la lucha, y recibimos sus discursos con aquel convencimiento que necesariamente arrastra quien habla sobre los datos de la razon y con los documentos infalibles que atesora la experiencia.

Está demostrado que las enfermedades presentan un obstáculo invencible á la conversion repentina de un pecador moribundo; pero el Orador, que mira por todas partes aparecer nuevos datos en apoyo de las verdades que propone, no tiene dificultad ninguna en conceder que se conserve expedito el uso de la razon en medio de los mas crueles dolores. Las enfermedades del alma tienen un carácter mas obstinado que los males del cuerpo: estos preparan la eficacia de la medicina con la voluntad firme del que los padece, para recibir dócilmente sus socorros; aquellos oponen la

mas terrible de todas las resistencias, pues no la hay sin duda tan tenaz, como la de un enfermo que embriagado con el mal que lo destruye, encuentra en este mismo un placer inefable que no quiere abandonar. Las pasiones tienen mas dificultad en desaparecer ya que se radican, y empuñan el cetro del albedrío, que facilidad habian encontrado para propagarse, a tiempo de habérselas admitido liberalmente en el alma. El estorbo pues de las pasiones es la última y la mas formidable prueba que el Orador escoge para demostrar cuan imposible es la verdadera penitencia en el instante de la muerte. Aquí es donde aglomera luego todas las situaciones, presenta todos los casos, y concluye siempre con el respetable testimonio de las santas escrituras. El impuro, tal vez recreará sus ojos moribundos en las funestas imágenes de sus pasados desórdenes; tal vez no abandonará las riberas del mundo, sin decir un adios desesperado al infeliz objeto que corrompió su corazón: sus huesos se llenarán entonces de los desórdenes de su juventud; y sus vicios dormirán con él entre las cenizas del sepulcro. (*)

Un pensamiento desconocido perturbará entonces por la primera vez la quietud engañosa del avaro: su alma vomitará las riquezas que habia tragado, pero será muy contra su voluntad; el Señor las arrancará de sus entrañas, pero no arrancará de su corazón el amor que les tenia. (**)

Prosigue el Orador por la serie de las pasiones, escogiendo siempre de preferencia las que presentan un carácter mas obstinado y mas terrible; y despues de ofrecer á la vista de su auditorio los diferentes casos que diversifican esta escena final del hombre pecador, se convierte á Dios co-

(*) *Ossa ejus implebuntur vitiis adolescentiæ ejus, & cum eo in pulvere dormient.* Job 20 v. 21.

(**) *Divitias, quas devoravit, evomet; et de ventre illius extrahet eas Deus.* (Job ibid.)

mo lo tiene de costumbre, para concluir en seguida su primera parte con una magnífica amplificación en que se ofrecen las lecciones de la experiencia, las sentencias de la Escritura y los ejemplos de la Historia Santa, obrando de concierto para preparar un movimiento que debe reputarse como uno de los mas á propósito para justificar los triunfos de la elocuencia.

„Vos, Señor, (exclama, hablando del pecador moribundo,) Vos, Señor, nos avisais en las Divinas Escrituras, que su fin será semejante á sus obras: „*Quorum finis erit secundum opera ipsorum.* (*) Si „habeis sido deshonestos en vuestra vida, moriréis „como tales; si habeis sido ambiciosos, moriréis sin „que muera en vuestro corazón el amor al mundo „y á sus falsos honores; si habeis vivido tibios, sin „vicios ni virtudes, moriréis con tibieza y sin concupiscion; si habeis vivido irresolutos, formando continuamente proyectos de penitencia, sin ponerlos „jamás en ejecución, moriréis llenos de deseos y „vacíos de buenas obras; si habeis vivido inconsistentes y siendo tan presto del mundo como de „Dios, tan presto sensuales como penitentes, gobernandoos siempre por vuestro gusto y por la „inclinación de un genio inconstante y ligero, moriréis en estas deplorables alternativas, y vuestras „lágrimas en la hora de la muerte serán de la „misma especie que las de vuestra vida: esto es, „vuestro arrepentimiento será pasajero y superficial; vuestros suspiros nacerán de un corazón tierno y sensible, pero no de un corazón penitente: „en una palabra, moriréis en vuestro pecado: *In peccato vestro moriemini.* En aquel pecado en que „habeis vivido encenagados tanto tiempo; en aquel „pecado que es mas propio vuestro que los demás, „porque domina en vuestras costumbres y en vuestro temperamento; en aquel pecado que os es como natural, y del que no habeis conseguido en

(*) *Cor. 11 v. 15.*